

# SAMARCANDA, UNA PERLA EN EL DESIERTO

*Jesús Sánchez Jaén*

La tarde va pasando lentamente, mientras una suave brisa fluye desde el río y acompaña a la dorada luz que tiñe la copa de los muchos árboles que pueblan los jardines de la ciudad. Cúpulas y minaretes reflejan en sus baldosines azul y oro los rayos del sol, que desciende poco a poco tras la mezquita de Bibi-Janum. Desde un balcón privilegiado, la colina Afrasiab(1), un hombre ya maduro, con el pelo y la barba teñidos de gris por los años, contempla el magnífico espectáculo. Es primavera y los jardines muestran toda su hermosura. Tiene en sus manos un viejo libro, bien guarnecido con cuero levemente repujado, que lee con interés. El libro está iluminado con miniaturas persas y lleva numerosas anotaciones en los márgenes, acompañando a las bellas poesías que contiene. Son las famosas Ruba'iyat de Omar Jayyam, filósofo, astrónomo y poeta persa que vivió a caballo de los siglos XI y XII. Su momentáneo poseedor no puede ocultar un gesto de aprobación cuando levanta su mirada tras leer los primeros versos:

*" Samarcanda, el más bello rostro que la Tierra volvió jamás hacia el sol."*

La primera mitad del siglo XV está llegando a su fin, y quizá ahora, con las edificaciones que la dinastía timúrida ha levantado a lo largo de tres reinados, la frase sea más verdad que nunca. En efecto, desde la llegada al poder de Timur Lang, hasta el final del reinado de su nieto, el prestigioso astrónomo Ulug Beg, Samarcanda ha vuelto a ser la brillante capital que fue en época de Omar Jayyam, enriquecida hasta extremos insospechados por la actividad constructiva del fundador de la dinastía y sus más directos sucesores.

Samarcanda, la mítica y bella ciudad que cantaron los poetas turcos y persas en innumerables ocasiones, se remonta hasta más allá de la memoria de estas duras tierras de Asia Central. En Afrasiab se levantaba la que los griegos llamaban Maracanda al sur de una vasta región semidesértica, entre los ríos Amu Daria y Sir Daria, conocida como Sogdiana. Alejandro llegó a ella en 330 a. C. tras cruzar el Oxus (Amu Daria), e inicialmente no tuvo problemas para establecer una guarnición en la ciudadela. Incluso encontró allí una comunidad de origen griego, los Bránquidas, descendientes de jonios deportados por los persas al interior de Asia. Pero en 329 a.C., mientras estaba ocupado en fundar, más al norte, en las orillas del Jaxartes (Sir Daria), la que sería conocida como Alejandría Última (hoy día Chodjend), se iniciaron las revueltas. Los sogdianos, al mando de un personaje llamado Spitamen, habían tomado la ciudad y sitiado a la guarnición macedonia. Ello supuso la señal para un levantamiento generalizado. Un primer intento de liberar la ciudadela de Maracanda terminó con la completa derrota de un destacamento macedonio. Arriano nos relata así la reacción de Alejandro:

*"Cuando se informó de esto a Alejandro, estaba muy apenado por el desastre para sus hombres y decidió marchar a toda velocidad contra Spitamen y las tribus que estaban con él. Cogió la mitad de la caballería de los Hetairos, los arqueros y los Agrianos, y, de las falanges, las más ligeras, y marchó a Maracanda..." (Arr.,4,6,3)*

Los historiadores cuentan la proeza de las tropas griegas, que recorrieron más de doscientos kilómetros en tres días, presentándose el cuarto a las puertas de la ciudad. Sin embargo, para entonces Spitamen había huido. En la campaña del año siguiente Spitamen sería vencido, aunque no sin dificultad, y asesinado por sus mercenarios masagetas, que querían hacer la paz con el gran rey. Fue el enemigo más duro que había tenido hasta ese momento Alejandro. Tras la pacificación de la región, que conllevó un tratado con el reino de Jorasmia, la actual Khiva, se creó la satrapía de

Sogdiana o Transoxiana, como se llamaría más tarde, con capital en Maracanda, donde se establecería el nuevo sátrapa, Cleito, el amigo de la infancia de Filipo, padre de Alejandro.

Algunos autores clásicos sitúan aquí uno de los hechos más sombríos de la vida del rey macedonio. En uno de los múltiples banquetes que los griegos celebraban, Alejandro, "...mareado por la abundancia de vino,(...) comenzó a despreciar los hechos de Filipo y a jactarse de que la famosa victoria de Queronea había sido obra suya" (Curt.8,1,20). Enfurecido por la réplica de Cleito y cegado de ira y vino, arrebató una lanza a un soldado de la guardia y atravesó con ella el pecho del que había sido durante años su protector.

En 327 a.C., en el curso de la conquista de algunas fortalezas que no habían sido sometidas en Sogdiana, Alejandro tomó la Roca Sogdiana donde resistía Oxiartes, un príncipe local, con cuya hija, Roxana, se casó el rey para sellar una alianza definitiva con todos los grandes señores de la región. Las noticias que, por aquellos días, llegaban al mediterráneo de Maracanda hablaban de una "maravillosa ciudad y bien defendida" cifrándose incluso su perímetro amurallado en unos 70 estadios.

En el transcurso de los siglos II al IV d.C. la ciudad debió pasar por diversos avatares, que llevaron al progresivo abandono de la colina y a la construcción de pequeños núcleos de casas fortificadas en los alrededores, desapareciendo su nombre de los documentos de la época. Pero en el siglo V, las crónicas chinas hacen referencia de nuevo a Samarcanda, quizá coincidiendo con una revitalización de la Ruta de la Seda. Las murallas antiguas fueron reconstruidas y la ciudad creció, hasta extenderse fuera de Afrasiab en el siglo VI. En las excavaciones de la colina han salido a la luz importantes restos de un palacio del siglo VII, que muestran el esplendor de la corte sogdiana de aquellos días. Las ricas pinturas de los muros de lo que debió ser un salón de recepciones representan todo el ceremonial que acompañaba la llegada de embajadores.

En 712 los árabes tomaron la ciudad y levantaron las primeras mezquitas, y desde entonces hasta el siglo X, el centro urbano fue desplazándose progresivamente a la zona baja que hoy ocupa la mezquita Bibi Janum, en torno a la que se fueron instalando comerciantes y artesanos. En aquellos años las mercancías afluían en gran número a sus mercados a través de la Ruta de la Seda, y la producción de cerámica vidriada alcanzó un nivel destacado.



Esta Samarcanda es la que conoció Omar Jayyam en su juventud, cuando, entre ilusionado y temeroso, por no desairar al cadí de la ciudad, aceptó de sus manos un libro de blanquísimas hojas de papel chino, sin duda un importante regalo para un escritor a fines del siglo XI; libro que, con el paso de los años, Omar llenaría con bellas ruba'iyyat, convirtiéndolo en una de las joyas de la literatura persa, y que en nuestros tiempos ha inspirado obras de la calidad de la novela Samarcanda, del libanés Amin Maalouf. Lamentablemente, este esplendor no duraría mucho. Los

inicios del siglo XIII fueron especialmente violentos, presagiando los años que seguirían. Conjuradas palaciegas y gobernantes corruptos debilitaron la ciudad de tal forma que, cuando en 1220 Genghis Kan la asedió, solo pudo resistir una pequeña guarnición, a la postre también derrotada. El Kan mongol incendió Samarcanda, y la destrucción fue tan importante que, cuando un siglo más tarde Ibn Batuta visitó el lugar, aún eran visibles las huellas de las terribles hordas:

*"Bordean también el río grandes alcázares y edificios que revelan un refinado gusto. Muchos de ellos están en ruinas y buena parte de la ciudad ha sido arrasada: no tiene ni puertas y los huertos están en su interior."*

La antigua grandeza de "una de las ciudades mayores, más hermosas y espléndidas del mundo", como la llama el famoso viajero magrebí, había quedado prácticamente en la leyenda.

### - Tamerlán.

Sin embargo, hacia 1360, aparecerá en la tumultuosa escena política de Asia Central un personaje que engrandecería Samarcanda hasta límites insospechados, haciéndola capital de un imperio y residencia de una corte fastuosa. Se llamaba Amir Timur, apodado Lenk (el cojo), más conocido en occidente por Tamerlán. En pocos años, presentándose ante el mundo como continuador de la obra de Genghis Kan, extendió sus dominios hasta las puertas de Asia Menor, haciéndose tan célebre, y temido a la vez, que eran muchos los monarcas que le rendían pleitesía o le enviaban sus embajadas. Uno de ellos fue Enrique III de Castilla, quien envió una delegación presidida por el madrileño Rui González de Clavijo.

Clavijo llegó a Samarcanda en 1404, poco tiempo antes de la muerte de Timur, pero en los casi tres meses que pasó allí tuvo oportunidad de conocer ampliamente la ciudad y todo lo concerniente a su anfitrión. Sus experiencias y observaciones han llegado hasta nosotros en un diario que el embajador castellano escribió, detallando cuidadosamente todo su viaje. Su comitiva fue hospedada en uno de los numerosos jardines que rodeaban la ciudad, a la espera de ser recibida por Tamerlán, y tuvo oportunidad de contemplar la curiosa forma de vida que llevaban el gran Kan y su corte. Conservando el carácter nómada de sus antepasados, Tamerlán había creado unos exuberantes



jardines, mezclados con huertas repletas de árboles frutales y viñas, en los que vivía en tiendas y pabellones, trasladándose periódicamente de uno a otro. Nunca llegó a tener un palacio en la ciudad, aunque sí a varios Km. de ella, en un lugar llamado Shakhrisabz.

Tamerlán recibió a la embajada castellana por primera vez en un jardín llamado Dilkusha ( sosiego ) con "*muchas tiendas armadas de paños de seda e de otras maneras*". El lugar estaba unido a la puerta turquesa de la ciudad por un camino bordeado de álamos blancos y no era el único con un nombre poético. La «*Pintura del mundo*», el «*Jardín del paraíso*» o la «*Pradera de la piscina profunda*» eran algunos de los jardines, construidos en torno a un eje central, el pabellón o grupo de tiendas en que se albergaba el gran señor, del que partían caminos pavimentados con cerámica y bordeados por viñas y árboles diferentes, que conseguían dulcificar el árido clima de Asia Central. Una importante trama de canales (ariqs), llevaba el agua del río Zarafshan, que atraviesa la ciudad, a los puntos más alejados, asegurando la existencia de flores frescas casi todo el año. Jazmines blancos y amarillos, rosas, narcisos, margaritas, anémonas, violetas y un sin fin de árboles frutales debían hacer de aquellos lugares un verdadero paraíso. "*Los ciudadanos, ricos y pobres, iban a pasear a ellos cuando Timur marchaba a la guerra, y no encontraban nada más maravillosos ni más bonito que aquello, y no había ningún lugar de descanso más agradable y seguro; y sus dulcísimas frutas eran para todos*" cuenta Ahmehd ibn Arabshah, un historiador árabe.



En el tiempo que duró su estancia en Samarcanda, Clavijo tuvo ocasión de contemplar las numerosas obras arquitectónicas emprendidas por Timur para engrandecerla. Asistió a una celebración en recuerdo de un nieto del Kan, muerto en Turquía, en el magnífico mausoleo que este mandó levantar en su honor, el complejo Gur-i-Emir, con una mezquita "*quadrada e muy alta, e que asy enella avia de fuera como de dentro muchas pinturas fechas de oro e de azul e de azulejos e de gesería*". Recorrió la avenida de los mercaderes, una amplia calle que cruzaba la ciudad de este a oeste, siguiendo la ruta de las caravanas de Bukhara a Ferghana, y que Tamerlán hizo construir en 20 días, para crear una zona donde se establecieron los mercados. Y contempló asombrado como el gran señor seguía a pie de obra la reedificación de la mezquita Bibi-Janum "*la mas onrada que enla çiudad avia*", derribada por orden suya, un poco antes de estar terminada, porque no alcanzaba las grandiosas proporciones que él deseaba.

Tamerlán había convertido Samarcanda en el centro de un gran territorio y quería que fuese reflejo de su inmenso poder. Para ello había triado artesanos, pintores, arquitectos, escultores, de todos sus dominios, y los había consagrado a embellecer la ciudad. El respaldo económico para todo ello estaba bien consolidado. Junto a los espléndidos botines procedentes de las guerras, estaban los impuestos que se cobraban a las caravanas de la Ruta de la Seda, una fuente permanente de ingresos. Y para fomentar las obras de carácter público y religioso (baños, madrasas, bibliotecas, *Viajes y Viajeros*

caravanserais, hospicios,...) el emperador propició la creación de waqf, fundaciones que agrupaban a las clases pudientes del imperio (aristocracia militar, ulemas, comerciantes), con la misión de mantener aquellos edificios que se levantaban, probablemente a cambio de concesiones especiales.

El embajador castellano pudo observar el modo de vida de las gentes de Samarcanda, dedicados al pastoreo, a la agricultura en las innumerables huertas que rodeaban la ciudad, bien regadas por una completísima red de canales; a la fabricación de objetos de vidrio, cerámica, platería; al comercio, y a la elaboración de vino, ya que, aún siendo mayoritariamente musulmanes, Tamerlán había implantado la yasa, la ley mongola, lo que le ocasionó numerosos incidentes con los jerarcas sufíes. Quizá lo que más llamó la atención de Clavijo fue la abundancia de productos de todo tipo en los bazares: *" E es tierra muy avastada de todas cosas, asy de pan commo de vino e carne e frutas, aves; e los carneros son muy grandes. (...) E destos carneros ay tantos e tan de mercado que (...) valía el par dellos un ducado; (...) e de pan cocido ay tan grande mercado que non puede ser más; e de arros ay tanto que es infinito; e tan gruesa e abastada es esta çitudat, que es maravilla"*. Sin duda Samarcanda, cuya población cifra Clavijo en 150.000 habitantes, eran una gran ciudad, sin igual entre las que él conocía en el occidente europeo.

Tamerlán murió poco después de que Clavijo emprendiera el regreso y le sucedió su hijo Shah-Rukh.

### - La ciudad del siglo XV.



Estamos en 1430 y reina el hijo de este, Ulug Beg, el astrónomo, digno continuador de la tarea de su abuelo. Ha reunido en torno a sí un importante grupo de hombres de ciencia: matemáticos, astrónomos, poetas, filósofos, que han sido sus maestros y le han ayudado en sus investigaciones. Nuestro hombre, el admirador de Omar Jayyam, recuerda cómo él mismo ha ayudado a su señor en el estudio y observación del firmamento, cómo cada noche se acercan al magnífico observatorio, donde Ulug Beg ha construido un gigantesco cuadrante solar, para calcular la duración del año con el máximo detalle, y se siente orgulloso de la ciudad en la que vive, aunque los ulemas vociferen contra sus estudios en los patios de las mezquitas y enrarezcan la pacífica vida de Samarcanda. Desde la colina donde se ha sentado a leer vuelve su mirada hacia el este y contempla la monumental entrada con que Ulug Beg ha rematado el santuario Shah-i-Sindah (2). Con frecuencia se acerca hasta allí a orar en la pequeña mezquita, ante la tumba de Qusam-Ibn Abbas, un tío del profeta, y pasea entre los mausoleos de Tuman-Aqa, esposa de Timur, del jefe de los astrónomos de Ulug-Beg, y de otros personajes importantes. Todo ello forma un conjunto

excepcional que aglutina obras anteriores a Tamerlán y todo un muestrario de la evolución de la arquitectura timúrida.

La hora de la última oración de la tarde se aproxima y nuestro personaje desciende camino de la cercana mezquita Bibi-Janum (3), en la que Tamerlán quiso mostrar al mundo su inmenso poder. Un elevadísimo *pistaq* enmarca el arco de entrada, que se abre a una gran sala con 480 columnas de mármol traídas del Indostán a lomos de elefantes. Al fondo un iván, o capilla, rematado por una hermosa cúpula azul, y decorado con líneas que se entrecruzan hasta el infinito, hechas con baldosines de colores, rodea el mihrab. Otros dos ivanes se sitúan a los lados norte y sur de la gran sala. En los minaretes que se elevan sobre las esquinas del muro exterior se puede leer: "*Nuestras obras os hablarán de nosotros*". Su altura y la de las cúpulas es tal que se ven a bastantes kilómetros de la ciudad. Justo al otro lado de la calle están el mausoleo y la medersa de Sarai Mulk Chanyn (4), otra de las mujeres de Tamerlán, de proporciones más discretas.

Cuando está ante la mezquita, el astrónomo ve que aún es temprano, y decide llegar hasta la tumba de Tamerlán para orar. Sigue la gran avenida que éste construyó para situar a todos los mercaderes y vendedores, transitada estas horas sólo por las caravanas que acaban de entrar en Samarcanda y se dirigen a la plaza del Registán a descargar sus productos y buscar alojamiento en el caravanserai. El lado oeste de la plaza lo cierra la madrasa que Ulug Beg (5) ha mandado construir para sede de su universidad, Un *pistaq* de casi 35 metros de altura, ricamente decorado con azulejos pintados, abraza una hermosa entrada con incrustaciones de mármol y cerámica. Por ella se accede al iván principal, y desde éste unos corredores en forma de L desembocan en un patio cuadrado. Al fondo, una pequeña mezquita, y a los lados, cincuenta habitaciones para los



estudiantes. Cuatro torres rematadas con mocárabes se hierguen en cada esquina del muro de ladrillo, bellamente decorado con azulejos, que envuelve el recinto. La madrasa, que no tiene igual en todo el reino, sigue las pautas de la mezquita de Bibi-Janum, tanto en decoración como en estructura, dignas representantes de lo que se conocerá como estilo de los primeros timúridas. En ella enseñan todos maestros que el Kan ha atraído a su ciudad, convirtiéndola así en un foco de ciencia en oriente.

Desde aquí acompañamos al astrónomo por otra gran calle bordeada de moreras y álamos blancos, que le lleva ante el conjunto Gur-i-Emir (6). Atraviesa el precioso portal con que un arquitecto de Ispahan ha cerrado el recinto por orden de Ulug Beg, y sus pies cruzan un silencioso patio. El arquitecto persa ha cubierto todo el pórtico con un delicado mosaico de motivos vegetales, e incluso ha dejado su nombre en una cartela sobre la puerta. Las generaciones posteriores podrán recordar a quien introdujo la decoración más puramente persa en el arte timúrida. Frente al pórtico se levanta el panteón de la dinastía. Es la mezquita cuadrada que vio Clavijo en 1404, mandada construir por Tamerlán para enterrar a su nieto preferido, Muhamed-i Sultán, en la que posteriormente han ido siendo inhumados él mismo, sus hijos Miranshah y Shah Rukh, Pir Muhammad, otro nieto, y Sayyid Barakah, el guía espiritual de Tamerlán. Ulug Beg ha ampliado el conjunto, que ya contaba con una pequeña madrasa, y será el último timúrida enterrado allí. El mausoleo es en realidad un

edificio cuadrangular exquisitamente decorado en el interior. Pequeñas piezas hexagonales de ónice y de azulejos componen mosaicos en todos los muros y capillas. Una inscripción de letras de oro sobre jaspe verde culmina estos mosaicos. El octógono que sirve para pasar del cuadrado a la cúpula, y ésta misma, están recubiertos de mocárabes de papel maché dorado y formas vegetales del mismo material. Ni siquiera las ventanas y puertas están sin decorar, pues la madera ha sido minuciosamente tallada, en el mismo estilo que las columnas y puertas de muchas casas principales de la ciudad, y se han colocado finas celosías que proporcionan una tenue y cálida luz.



Al exterior la cúpula atrae todas las miradas. La forman multitud de gajos o nervios, recubiertos de pequeños azulejos. Bajo ella una inscripción cúfica recorre el tambor repitiendo, en letras negras y blancas, "*Dios es eterno*". Destaca por todos lados el color azul, al que los turcomanos atribuyen propiedades mágicas. El astrónomo admirador de Omar Jayyam siempre ha pensado que es la mejor obra del arte timúrida.

Cuando termina sus plegarias encamina sus pasos al barrio de los orfebres, cerca del cual vive. Deja atrás el Ruhabad (7), o morada del alma, un sencillo santuario casi desprovisto de decoración. Para entonces el sol prácticamente ha desaparecido. Sus últimas luces han pintado de tonos rojos las torres y cúpulas de Samarcanda.

Los siguientes gobernantes timúridas embellecerán la ciudad con nuevas obras, aunque ninguna alcanzará el esplendor de las anteriores, salvo, quizá, el mausoleo Ishrat Khaneh (8), destinado a las esposas de los kanes desde 1464. Se encuentra situado en el exterior del recinto amurallado y tiene una estructura similar al edificio central del conjunto Gur-i-Emir, cuadrangular y rematado por una gran cúpula. Desgraciadamente ha sido uno de los más afectados por los movimientos sísmicos que se dan en la zona, y se encuentra en ruinas casi en su totalidad.

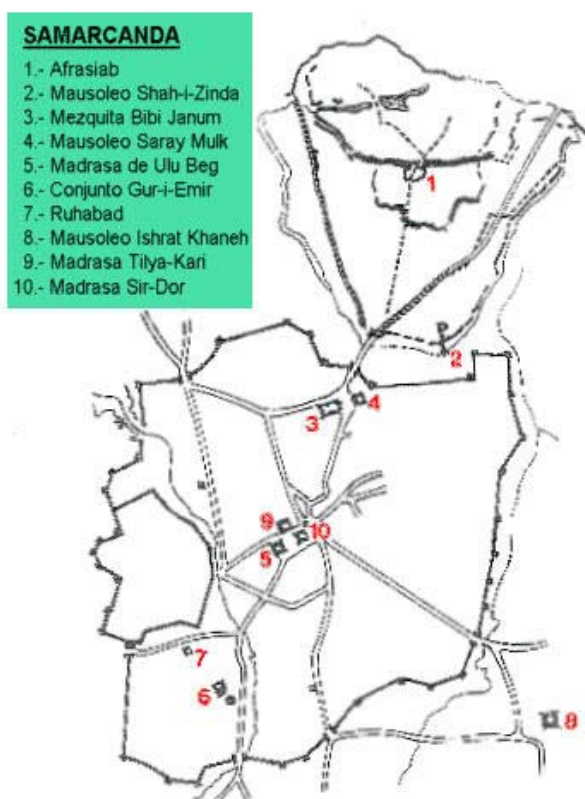
Por otra parte, la plaza del Registán atraerá la atención, en el siglo XVII, de Yolangtush Bahadur, apodado el pequeño Tamerlán, quién, en 1619, queriendo emular a sus ilustres antepasados, mandó construir frente a la madrasa de Ulug-Beg una réplica casi exacta, la madrasa Sir-Dor (engendrador de leones) (9), aportando únicamente algunos motivos decorativos, como los tigres y soles del *pistaq*, de clara influencia oriental; y en 1646 sustituirá el caravanserai que cerraba la plaza en su lado norte por la madrasa-aljama Tilya-Kari (10), repitiendo esquemas y decoraciones timúridas, y reformando de esta manera todo el conjunto de manera definitiva. El paso del tiempo no ha respetado todos estos edificios y, pese a los esfuerzos de los restauradores soviéticos, ni la mezquita Bibi-Janum ni el complejo Gur-i-Emir pueden contemplarse hoy en toda su extensión. Sin embargo

aún se aprecian la esbeltez de proporciones y la riqueza decorativa que asombraron a Clavijo hace casi seiscientos años.



### **BIBLIOGRAFIA**

- ARRIANO.: *Anábasis de Alejandro.*
- BRENTJES, B.: *Mittelasien. Kunst des Islam.* Leipzig, 1979.
- BULATOVA, V. y SHISHKINA, G.: *Samarkand, a museum in the open.* Tashkent, 1986.
- GOLOMBEK, L. y WILBER, D.: *The Timurid architecture of Iran and Turan.* New Jersey, 1988.
- LOPEZ ESTRADA, F.: *Rui Gonzalez de Clavijo. Embajada a Tamorlán.* Madrid, 1943.
- MAYNIHAN, E.: *Paradise as a garden. In Persia and Mughal India.* Londres, 1980.
- WOODCOCK, G.: *The greeks in India.* Londres, 1966.
- MAALOUF, AMIN.: *Samarcanda.* Madrid, 1989.



Artículo publicado en *Historia16*, nº 211, noviembre 1993